

Amistades del Alma

Lydia Cacho

Ambas tenían catorce años cuando nació el encuentro, porque la tía de Nina era maestra de Paulette. Al poco tiempo las jóvenes iban juntas a la escuela. Caminando las calles empedradas de Oporto, volvían por la tarde y se detenían en el jardín de la casa de los abuelos de Nina, se acercaban al viñedo y cortaban pequeños racimos de uvas verdes. Sentadas sobre las escaleras de la entrada principal, las niñas comían uvas mientras tejían con la imaginación un futuro mil veces distinto que ansiaban conocer. Hablaban de los novelistas a quienes leían ansiosamente, fueron a Rusia con los Zares y a Samarkanda con Marco Polo, todo parecía posible, menos la noción de perder la amistad.

De esto hace 48 años. Las dos mujeres tienen ahora una historia que contar acerca de los frutos que les dio la vida. Nina sigue viviendo en Oporto, y Paulette -desde hace 45 años- en México. Durante esas décadas cultivaron la amistad a través de largas cartas, en las que muchas veces incluyeron desde las fotos del amor de su vida, hasta las de sus hijos, hijas y nietas. A lo largo de esos años, Paulette -mi madre- viajó a Portugal dos veces; allí se encontraron las amigas, pero el tiempo nunca fue suficiente para recorrer las mismas calles contándose las alegrías y los pesares que no tuvieron cabida en las múltiples cartas que se enviaron desde ultramar.

Finalmente, hace un tiempo, acompañé a mi madre a Portugal, a llevar las cenizas de su padre al mar portugués que lo vio nacer. Fui testigo de un viaje por los recuerdos del espíritu. Caminé tras mi madre y su mejor amiga con mi cámara fotográfica en mano. Las dos abuelas, bellísimas y radiantes de emoción, tomadas de las manos como tímidas colegialas, cargando en los ojos el tiempo, la vida y los recuerdos, retomaron el camino de regreso de la escuela. "Las calles siguen iguales, -decía mi



Rotmi Enciso

madre con la voz entrecortada-, el aroma es el mismo". Nos detuvimos al pie de la escalera que escuchó sus secretos de infancia. Las dos se miraron llevando a cabo un ritual de cariño entrañable para el que me hacen falta palabras. El tiempo se detuvo por un instante mientras abrazadas subieron hasta el escalón en que vieron los atardeceres más bellos del puerto. Pude ver cómo cayó en tropel sobre sus ojos, la luz de los sueños adolescentes. Con un racimo de uvas verdes entre las manos, se miraron y el sabor dulce de las frutas diminutas disolvió en sus bocas la nostalgia de aquellos días. Vi a mi madre, con una enfermedad que le pesa sobre los huesos y la piel, a los 63 años, volver a ser joven ante mis ojos. Mientras volvíamos sobre los pasos de su juventud a la casa de Nina, comprendí lo que mi madre siempre me ha dicho: que el espíritu del verdadero amor no conoce la medida del tiempo y la distancia.

Las dejé en el cuarto de estar, con una botella de vino verde, mirando las fotos de su juventud, llorando de emoción por los resultados impredecibles de lo que ellas creyeron y se prometieron que serían sus vidas. Se desvelaron como dos adolescentes a quienes pesca la madrugada sentadas a la luz de la luna, sabias y hermosas, cultivando, después de cincuenta años, los sosegados frutos de una inmortal amistad del alma. *Lydia*